

Revista del
Centro Dermatológico Pascua

Volumen **14**
Volume

Número **1**
Number

Enero-Abril **2005**
January-April

Artículo:

Editorial

Honor a quien honor merece,

Dra. Obdulia Rodríguez Rodríguez

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Centro Dermatológico Pascua

Otras secciones de
este sitio:

- 👉 [Índice de este número](#)
- 👉 [Más revistas](#)
- 👉 [Búsqueda](#)

*Others sections in
this web site:*

- 👉 [Contents of this number](#)
- 👉 [More journals](#)
- 👉 [Search](#)

e d i t o r i a l

Honor a quien honor merece, Dra. Obdulia Rodríguez Rodríguez

Con este encabezado el Órgano Informativo de la Universidad Panamericana se refiere a la investidura de *Doctorados Honoris Causa 2005*.

La Universidad Panamericana entregó el Doctorado *Honoris Causa* a cuatro personalidades que, desde su ámbito han contribuido a la construcción de una mejor sociedad.

Dr. Kim Clark, Doctor en Economía y actual decano de la Escuela de Negocios de Harvard.

Don Manuel Senderos Irigoyen, Presidente Fundador del IPADE y creador del Grupo DESC.

Dra. Obdulia Rodríguez Rodríguez, profesora de la Facultad de Medicina de la Universidad Panamericana.

Profesor Alejandro Llano Cifuentes, profesor y director del Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra.

El Doctorado por causa de Honor es uno de los más preciados reconocimientos que una Universidad puede otorgar a un académico, científico o intelectual. A través de él tanto quien lo recibe como la institución que lo concede se dignifican mutuamente mediante testigos de excepción, embellecido por un alto contenido emotivo y de entrañable significado que corona el esfuerzo y la entrega de toda una vida a favor de las mejores y más nobles causas humanas.

El nombramiento de cada *Doctor Honoris Causa*, va integrado a una selecta lista que es el reflejo de un modo de ser universitario, de un estilo de universidad como casa de estudios abierta a la ciencia, la cultura y el arte, en definitiva a la verdad y al bien.

El Rector de la UP-IPADE, Sergio Raimond-Kedilhac Navarro señaló "Al contemplar a ustedes cuatro, vemos una aspiración que nos es muy querida en la Universidad Panamericana: la armonía de las ciencias, cultivadas con pasión y honradez, con amor a la verdad y competencia profesional". Bellas palabras para quien honor merecen.

A continuación transcribiré el discurso pronunciado por la Dra. Obdulia Rodríguez durante esta ceremonia.

Con ocasión de la concesión del doctorado "*Honoris Causa*" por la Universidad Panamericana y el Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresa.

Ilustrísimo señor Rector de la Universidad Panamericana.

Ilustrísimos miembros del Presidium.

Honorable Claustro Académico.

Señoras y Señores

En primer lugar quiero expresar a usted, Ilustrísimo Señor Rector y a la Facultad de Medicina, mi más sentido y profundo agradecimiento, por el honor que me confieren con esta investidura como Doctor *Honoris Causa* de esta Universidad. Agradezco también al Dr. Don Juan Ramón Fabregat, la amable y delicada presentación que ha hecho de mi persona y de mi labor profesional.

El año pasado el Dr. Fabregat me comunicó que esta Universidad había decidido otorgar el Doctorado *Honoris Causa* a cuatro universitarios entre ellos a mí, que si estaba dispuesta a aceptarlo. Al principio consciente de mi pequeñez (de estatura es evidente), me resistí cuando supe quiénes eran los otros doctorandos, porque no comprendía ni comprendo todavía el porqué de esta deferencia. Sin embargo, acepté por dos motivos, el primero porque la Universidad Panamericana ha sido uno de los sueños que he visto hechos realidad. Segundo porque pienso que más que a mí han querido honrar a las instituciones en las que me formé y a las que he servido lealmente desde mi juventud: la Facultad de Medicina de la UNAM y el Centro Dermatológico Pascua.

La mayor parte de los seres humanos pasa por una etapa en que piensa que todo lo merece, pero pasan los años y con ellos viene, si existe un mínimo de humildad, la serenidad y la sensatez que hacen comprender que si se ha logrado algo en la vida, no es por la propia capacidad, que puede haberla, pero aun ésta nos ha sido dada, "qué tenemos que no hayamos recibido", sin embargo, esa capacidad de nada serviría si no hubiera habido la oportunidad y las circunstancias propicias para desarrollarla y las personas idóneas para encauzarla.

Es natural que en circunstancias como ésta, haga uno memoria de aquellos que de una u otra manera

han contribuido con sus enseñanzas a hacer de nosotros lo que somos, por eso cómo no recordar en estos momentos a mi madre, cuando era niña me dio la ternura que sólo las madres saben dar, después y es esto lo que más le agradezco, me exigió mucho, me formó en la libertad, pero me enseñó a usarla con responsabilidad. De ella aprendí la honradez, la laboriosidad, nunca la vi sin hacer nada, la fortaleza para soportar las dificultades y las carencias con señorío, a acometer las tareas con optimismo y a comprender que es por las asperezas que se alcanzan las estrellas.

Pertenezco a esas generaciones privilegiadas que tuvieron maestros y que reconocen que los tuvieron, la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM, así se le denominaba entonces, no era Facultad, los tenía, tan notables, que siguen siendo ejemplo para las juventudes médicas actuales y futuras. Repetiré lo que he dicho en otras ocasiones, que existe una diferencia muy grande entre un profesor y un maestro, aquél enseña un arte, una técnica o un oficio, éste, el maestro, es capaz además de sembrar en sus alumnos la llama de un ideal, a elevar su espíritu hacia metas más altas que el lucro o la satisfacción personal, porque se ha convencido a sí mismo de la trascendencia de una tarea y se ha entregado a ella con la fe que ilumina, que siembra inquietudes y que doblega voluntades, en el caso de la medicina a hacer vida, el lema de la Escuela en donde estudié: "Allis Vivere", "Vivir para los demás."

En mi tiempo ya no se daban clases de Moral Profesional, Deontología Médica se le llama ahora, tal parece que la palabra moral como tantas otras que suponen una responsabilidad, molestan a los hombres y mujeres de esta época, pero cada uno de nuestros maestros en su cátedra, procuraba formarnos la conciencia: se nos inculcaba el respeto a la vida y a la dignidad de la persona humana desde el momento de la concepción, hasta la muerte, "...no puede admitirse —decía Don Ignacio Chávez— una educación verdadera sin una sólida vertebración moral"... "porque nada es más peligroso que un profesional ignorante, ni nada más dañino que un intelectual carente de sentido ético".

Ahora que tanto se habla del aborto, recuerdo a Don Alcibíades Marván, con qué fuerza nos decía que todo aborto provocado, incluso el llamado terapéutico, es un asesinato, entonces no se usaba el cómodo eufemismo de: "interrupción del embarazo" con el que ahora se intenta solapar lo que Marván calificaba, porque lo es, como el peor crimen que puede cometer un médico. ¡Qué pena que en la actualidad haya mujeres que hacen lo que les pide el cuerpo, pero rechazan lo más excelso: la maternidad!; las criaturas ya no son deseadas y como

señaló en Pamplona Don Alfonso Nieto "...donde faltan los niños, los ancianos son un estorbo".

Nunca pensé dedicarme a la dermatología, en los primeros años de la carrera era tan ignorante (lo sigo siendo), que ni siquiera sabía que existía esta especialidad, mi orientación a esta rama de la medicina se la debo a un gran Maestro: Don Salvador González Herrejón, figura señera de la medicina mexicana. Fue el primero en emitir la hipótesis, más tarde comprobada, sobre la etiología treponémica del mal del pinto, inició la lucha contra esta enfermedad y contra el Paludismo y la Oncocerciasis, de él recibí no sólo conocimientos, sino ejemplo de vida profesional y de bondadosa grandeza. Era un hombre dotado de una gran inteligencia, por eso era muy sencillo, tenía un gran sentido del humor, una vez le pregunté ¿Maestro, es cierto que el whisky dilata las arterias? y me contestó: "Mire Obdulia, yo no sé si las dilata, pero lo que sí me consta, es que dilata el buen humor".

Lo poco que sé de histopatología cutánea y mi gran interés por este aspecto tan importante de la dermatología, se lo debo a Don Manuel Martínez Báez, tenía fama de exigente y lo era, no toleraba a los incumplidos ni a los perezosos, conmigo fue siempre muy amable.

El Maestro Fernando Latapí fue el que despertó en mí el interés por la lepra y por quienes la padecen. Trabajé con él más de 35 años y puedo asegurar que de todos sus discípulos, fue a mí a la que más exigió, lo que mucho le agradezco. La enseñanza era una de sus pasiones, gran parte de lo que sé de lepra, de dermatología y del manejo de los enfermos, sobre todo de los enfermos de lepra, se lo debo a él.

Durante más de cuatro años tuve la oportunidad de trabajar en la Universidad de Navarra, y el privilegio de conocer a un maestro extraordinario Don Eduardo Ortíz de Landázuri, fue un gran internista, de él aprendí mucho de esta rama de la medicina, siempre tenía tiempo para sus enfermos y para enseñar a sus discípulos, porque los amaba. No pensaba en él, sino en los demás, comprendí entonces lo que en alguna de sus obras señala Marañón que "la vocación hace luz de la oscuridad y ligereza del esfuerzo" y comprobé una vez más que la medicina no es oficio, sino ministerio y que el médico debe hacer suyo el sufrimiento ajeno y dirigir todos sus esfuerzos a mitigarlo.

Por otra parte, vi nacer y dar sus primeros pasos a la clínica de esa Universidad, considerada en este momento como una de las mejores de Europa. Tuve la suerte de iniciar y tener a mi cargo la Consulta de Dermatología y de impartir durante esos años la Cátedra de la especialidad en la Escuela de Medicina, lo que consi-

dero una de las experiencias más gratas de mi vida profesional y hago votos porque otro de mis sueños sea pronto una realidad: la Clínica de la Universidad Panamericana.

Es de justicia que mencione aunque sea brevemente al Centro Dermatológico Pascua, mi querido Centro Pascua, empecé a trabajar allí en 1947, cuando era Dispensario Antileproso y aunque ya había tratamiento para la lepra no se contaba con él en México, ¡cuánto lo quiero!, no sólo porque parte de mi formación profesional la recibí allí, sino por el gran servicio que presta a los enfermos, sobre todo a los que poco o nada tienen, gracias a la entrega generosa de su personal, porque a pesar del gran número de pacientes que atiende diariamente, se esfuerza por atenderlos con la calidad médica y humana que merecen como personas.

Si todo ser humano tiene una misión que cumplir en esta vida, considero que la mía ha sido el dedicar parte de ella a la lepra. El primer paciente lo vi cuando hacía el Internado de Pregrado en el Servicio de Dermatología del Hospital General. Al terminar la Carrera tenía ya el nombramiento para hacer el Servicio Social en el recién inaugurado Hospital de Mexicali, pero después de asistir a un Curso de Leprología para los Pasantes, que impartió el Maestro Latapí, decidí hacerlo en el Sanatorio "Dr. Pedro López" para enfermos de Lepra de Zoquiápan, Edo. de México.

La lepra es uno de los padecimientos médicos sociales que existen todavía en nuestro país. Nunca ha constituido entre nosotros un problema prioritario de salud en cuanto al número de pacientes afectados, pero la lepra no es un problema de cantidad, sino que implica incapacidades, pérdidas económicas y en ocasiones traumas psicológicos y ostracismo social.

El concepto que se tiene ahora de ella es muy diferente del que se tenía en la primera mitad del siglo XX, en que prevalecían las ideas ancestrales de que era extraordinariamente contagiosa e incurable, era el terrible "Mal de San Lázaro". Recuerdo que cuando empecé a trabajar en la leprosería, había personas que nos decían: ¡Cuánto bien les hacen ustedes a estos enfermos!. Por mi parte, puedo asegurarles que yo les debo más, porque gracias a ellos he conocido toda la grandeza que existe en el ser humano, a pesar en ocasiones de su aparente miseria.

Se puede afirmar que es la menos contagiosa de las enfermedades transmisibles, ocuparse de ella por lo tanto, no constituye nada extraordinario. Se sabe que el 90 ó 95% de la población humana es inmune, sólo un 5 o un 10% es susceptible, se necesita un contacto íntimo y prolongado con un paciente infectante, porque no

todos lo son y haber heredado un factor de no resistencia, para estar en posibilidad de adquirirla, es como el SIDA, de lepra no se enferma el que quiere, sino el que puede.

Es curable desde 1941 en que Faget y col. utilizaron el Promín, el primer fármaco sulfónico eficaz en el tratamiento de esta enfermedad. Actualmente se utilizan tres medicamentos, rifampicina, clofazimina y dapsona. En nuestro país no se ha erradicado y es difícil que se logre, por lo menos a corto plazo, nuestro territorio es muy extenso y hay zonas en donde probablemente existen enfermos, pero a las que no es fácil llegar.

En cuanto a la dermatología, es sin lugar a duda, una de las especialidades más completas de la medicina. A principios del siglo XX las dermatosis aceptadas no pasaban de 800, ahora son más de 2,000 las que se conocen y una misma entidad puede manifestarse de manera diferente. Las enfermedades de la piel no son estáticas, pueden cambiar al evolucionar o modificarse por el uso de medicamentos o de técnicas de tratamiento inadecuadas.

En la segunda mitad del siglo pasado el avance vertiginoso de las ciencias fue impresionante y la dermatología no podía quedarse al margen, la cirugía y la oncología cutáneas, los procedimientos complementarios de diagnóstico: inmunogenética, inmunohistoquímica, biología molecular y de tratamiento se han desarrollado considerablemente en las últimas décadas y la especialidad que hasta entonces se consideraba exclusivamente médica, ahora se cataloga como medicoquirúrgica.

La piel no es una simple envoltura, además de ser el más extenso de nuestros órganos, interviene en la termorregulación y constituye parte esencial y esto es quizá lo más importante, de nuestro sistema inmunológico. Por otra parte es evidente que es uno de nuestros órganos de expresión y por su origen embrionario común con el del Sistema Nervioso es frecuente observar en ella manifestaciones de dermatosis psicósomáticas o somatopsíquicas

Debo terminar pero no quiero hacerlo sin mencionar algo que me parece fundamental, siempre tuve muy clara la idea ya lo dije antes, de que todos los seres humanos tenemos porque Dios así lo ha dispuesto una misión que cumplir y que debemos cumplirla lo mejor posible porque por esta vida sólo se pasa una vez, es nuestra única oportunidad. Pensaba así con un criterio meramente humano, que aunque me llenaba no me satisfacía totalmente. Aunque había leído pasajes de las Sagradas Escrituras no por motivos piadosos sino culturales, no había profundizado en ellos, en 1953 tuve la for-

tuna de conocer a Guadalupe Ortiz de Landázuri, hermana de Don Eduardo (ambos en proceso de Beatificación) y me recomendó que leyera Camino, escrito por San Josemaría Escrivá de Balaguer, un libro pequeño por su tamaño pero grande por su contenido, allí encontré lo que me faltaba.

Sabía el qué y el cómo, pero no lo más importante, el para qué y lo encontré al leer las tres primeras líneas del punto número uno de ese libro “Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil—. Deja poso—. Ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor...”. Desde entonces aunque mi vida profesional ha transcurrido a los ojos de quienes me rodean en forma natural, soy un médico más entre mis compañeros de trabajo, contamos con los mismos medios para hacerlo, pero el fin es diferente, para mí el buen éxito o el fracaso en lo humano da lo mismo, lo que importa es el amor que haya puesto o no, en la tarea que por voluntad de Dios me corresponde realizar.

No he conocido la soledad gracias a la familia que el Señor quiso darme hace más de 50 años, en este lapso si bien ha habido dificultades, contradicciones, enfer-

medades y hasta deslealtades, gracias a su ayuda, a su comprensión y a su cariño, he sentido siempre “la alegría y la fuerza de no estar sola”.

México, D.F., 26 de febrero del 2005.

Dra. Obdulia Rodríguez.

Con este discurso participó la Dra. Rodríguez en esta emotiva ceremonia. Para las personas que de alguna manera hemos estado cerca de ella nos parece que al leerlas estamos escuchándola y hasta viéndola, y no nos queda más que felicitarla orgullosamente por este tan distinguido reconocimiento, aceptando que se dignifica a quien lo recibe, la institución que lo otorga y también a la Institución donde ha trabajado tantos años, el “Centro Dermatológico Pascua”.

FELICIDADES DRA. RODRÍGUEZ

Dr. Virgilio Santamaría G.
Editor de la Revista del CDP.